



El Eco de Cartagena

AÑO XXXII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9195

—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN—

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—Provincias.—Tres meses, 7'50 id.—Estranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1° y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

—CONDICIONES—

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. I. rent rue Caumartin, 61, y J. Jones, Eau-forg-Montmartre, 31, y en Londres Agencia General Española, 6, Great Winchester, Street.

J. MARTÍNEZ, CIRUJANO DENTISTA

DE LA FACULTAD DE MEDICINA DE MADRID

Especialista en la construcción y colocación de dentaduras artificiales de infalible resultado.

Piececitas parciales de uno ó más dientes en oro sin paladar y sin ganchos; procedimiento moderno (verdadero sistema americano.) Igual construcción en cauchou.

Curación de todas las enfermedades de la boca, extracción de dientes por medio de anestésicos locales.

Empastes en muelas cariadas con oro (orificación) y platino (inalterables)

Toda persona que tenga dentadura artificial y por desperfecciones artísticas no pueda usarlas, puede traerla á este gabinete y se le corregirá hasta su perfección.

Opiata, polvos y elixir dentífricos, para limpiar y conservar la dentadura.

Todo garantizado.

Cuatro Santos 10, principal.

Avigando visita á domicilio.

VIERNES 24 DE JUNIO DE 1902.

MME. LEONIE BROUTIN MODISTA DE SOMBREROS

Ha llegado á esta población con un elegante y variado surtido de sombreros de señoras procedente de las principales casas de París.

CALLE DE ANDINO NUMERO 3

LUZ BRILLANTE

Petróleo extra superior.—Completa seguridad.

Se vende en bidones, con grifos precintados de 5 litros.

El precinto garantiza al consumidor la calidad y la cabida.

Nuestra LUZ BRILLANTE es INENFLAMABLE. Arde en todas las lámparas para petróleo hasta la última gota sin ningún olor, sin que disminuya la intensidad de la llama y da una luz espléndida.

Depósito en Cartagena.—C. Pérez Lurbe.—Museo comercial.

Exíjase en las tiendas el bidón precintado.

SOLILUOQUIO DEL HUELGUISTA

Hemos triunfado: la huelga en que pocos días hace nos declaramos los más celosos de nuestros derechos, que nos resolvimos antes á arrostrar las iras del capital, ha sido secundada por todos los obreros, y hoy ya no trabaja ninguno en toda esta dilatada é industriosa región.

Las fábricas están paradas; las comunicaciones de todas clases interrumpidas; desabastecidos los mercados, comienzan los viveres á escasear, y muy pronto el infame burgués tendrá que someterse si no prefiere sucumbir á la miseria. Ahora verá prácticamente que el capital es improductivo, que poseyéndolo no pueden vivir sin nuestra cooperación inmediata, y que, no sirviendo de nada sin la ayuda del obrero, la retribución que el capital percibe no tiene fundamento, es injusto y debe desaparecer.

¡Pronto desaparecerá! el día que desaparezca será el de la regeneración social; entonces no habrá ricos que vivan ociosos en la moliente mientras el honrado trabajador sucumbe á la fatiga y á la miseria; quien no trabaja perecerá. ¡Gran día será el día ya cercano en que nuestras esperanzas se vean realizadas!

Los burgueses no tienen corazón; no reconocen la justicia de nuestras peticiones, ni se prestan á una nueva organización social sobre bases más equitativas que la presente, y que nos permitiese á todos vivir en armonía. Lejos de eso se aperciben á la defensa; procuran poner sus fortunas á salvo; cuanto poseen transportable se lo llevan. Las primeras materias destinadas á fabri-

car géneros y los géneros fabricados han desaparecido ya; las herramientas también; las máquinas menos voluminosas susceptibles de transporte comienzan á ser transportadas.

No van á dejar en su sitio más que los edificios y la tierra que no se puedan transportar: ¡Qué iniquidad! ¡Llévannos lo que á costa de nuestros muchos trabajos se ha creado!

Y no lo podemos evitar; la fuerza pública no se atreve á obligarnos á trabajar, es cierto; pero tampoco se pone de nuestra parte para impedir que los burgueses consumen sus planes; es un factor del todo inútil en la contienda.

No importa: llévanselo todo; váyanse ellos también, que si se irán, y en cuanto nos hayamos quedado solos dueños de la tierra y de todo lo que no se hayan podido llevar, nos constituiremos á nuestra manera y viviremos felices.

Supongamos que ya se han ido; ¿cómo nos constituiríamos? Pues muy bien.

No habiendo que esperar del producto de nuestro trabajo la parte que hoy se separa para el capital, los jornales serían más elevados. Pero no habría jornales; el sistema del jornal no lo admite nuestra escuela. Trabajaríamos á destajo... Tampoco; el destajo daría más retribución á quien produjese más, crearía la desigualdad y volveríamos muy pronto á estar como ahora. ¡Ah, ya sé! Trabajaríamos todos para todos, y los productos obtenidos se repartirían equitativamente con arreglo á las necesidades de cada uno.

Si; ese es el método que nos proponen nuestros jefes. Me ocurre una duda: trabajando todos para todos y retirando cada uno con arreglo á sus necesidades, parece que cada cual procurará trabajar lo menos posible y retirar lo más que pueda también para mejorar su posición, es lo natural.

¿Cómo se evitará esto?

No lo sé; pero ya lo tendrán previsto.

Sucedirá así ahora porque interviene el burgués, y con la parte que él se lleva no queda bastante para satisfacer las necesidades del obrero.

Eliminando aquéllas, el producto será suficiente para todas las de éste, y en cuanto á trabajar como entonces, seremos todos unos; como no habrá quien cobre y no trabaje, no hay temor ninguno de que nadie deje de emplear el mayor esfuerzo posible en beneficio de la comunidad. Esta es la solución del problema.

Surge otro enseguida. Los capitalistas nos han dejado las grandes máquinas, la tierra, los edificios; pero se han llevado las primeras materias, las herramientas, todo lo que se han podido llevar. ¿Cómo trabajaremos la tierra sin herramientas? ¿Qué fabricaremos si no tenemos nada que poder transformar? Será indispensable proveerse de nuevo de cuanto teníamos antes, y ha desaparecido, por haber sido transportado y destruido. ¡Es claro! Pero ¿cómo nos proveemos de ello? Por esa duda no hemos de reconocer la necesidad del capital: nuestros jefes, que nos han traído á este caso, sabrán seguramente cómo hemos de ocurrir á estas dificultades. Aunque sí, la necesidad del capital la reconocen: lo que no reconocen es el derecho del capital á la retribución. Y si el capital no tiene derecho á retribución, ¿para qué se ha de crear, ni quién se sacrificará para crearlo?

No lo sé tampoco. Pero á fe de que estoy mortificando mi inteligencia en vano. ¿Qué necesidad tengo yo de resolver todos sus problemas? Sé que quien trabajó y ahorró llegando á capitalista, lo pasa mejor que quien holgando ó trabajando sin aborrazar, no adelanta un paso en su camino, sé que es inicuo que unos perezcan de miseria, mientras otros nadan en la abundancia, y esto me basta.

Las causas que semejante situación determinan, ¿qué me importan á mí? ¡Viva la huelga, muera el capital!

P. PASTOR Y OJERO.

COLABORACION INEDITA.

OROZCO Y JUAN LANAS.

Algunos críticos á quienes ha otorgado el público esa dictado con demasiada benevolencia, declararon, á raíz del estreno del drama *Realidad*, que Orozco (el verdadero protagonista del drama nuevo que allí se plantea) es un Juan Lanás, tonto y ridículo. No me extraña. La tradición española es la del marido de Calderón, que mata, colérico, arrebatado y vengativo; el marido que perdona es, para nuestro pueblo, un sér débil é inferior, confundiendo con el que tolera vergonzosamente.

Orozco perdona de un modo especial, ó mejor dicho, no perdona, como ya he tenido ocasión de explicar en otro artículo; y en esa actitud heterocelta y, hasta cierto punto, no bien definida, está el punto difícil de la interpretación. Por eso no lo han entendido muchos, ó lo han entendido al revés.

Yo que he defendido repetidamente la creación ideal de Orozco, y aplaudido el soplo ético que trae á la escena, quiero ahora defenderlo como hombre aunque esto me lleve á condenar un poco su psicología. Bien se me puede permitir esto, en gracia á lo otro. Y digo, para empezar, que no hay en Orozco ninguno de los caracteres de condescendencia, de debilidad y de indignidad que hacen de un marido un Juan Lanás.

Dejemos por ahora á un lado la elevación moral de Orozco, que le coloca en circunstancias especiales, sobre las que hemos de volver. Téngase en cuenta que la noticia del adulterio de Augusta, la recibe Orozco al tiempo mismo que la del suicidio de Viera.

El rival, el ofensor ha desaparecido: no es más que una sombra. Queda sola la mujer. La lucha es muy diferente: falta uno de los términos del problema, quizá el que más enciende la pasión del macho herido en su sentimiento de poseedor de la hembra.

El punto de vista desde el cual aprecia Orozco sus relaciones con Augusta, difiere mucho del pensamiento común. Lo

LUCI.

113

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA. 112

LUCI.

109

—¿Qué me cuentas!—dijo el húsar en tono soberanamente burlón.

—Lo que constituye un secreto de familia que poseo y parto contigo, para que te sirva de gobierno en el palenque dónde vas á romper lanzas.

—Entonces chico, revelámelo pronto y en toda su profundidad misteriosa.

El acento intrévido, burlón, y ligeramente alborozado del húsar, escitó al diplomático hasta el punto de perder la calma y con ella la retentiva que en aquel instante, en aquel asunto y con aquel franco y valentísimo carácter, le eran necesarias.

—Tío Alejandro,—dijo dispuesto á confundirle con el nombre y la revelación; cediendo á las sugerencias de la voz de su pasión, dejó á su mujer todos sus bienes, pero, prestándola también á la voz de su sangre, que aún no se había enfriado en sus venas, en los últimos momentos exigió á la que había instituido por heredera con perjuicio de los suyos, dos promesas, arrancándoselas á su espíritu religioso, con el argumento *ad terro nem* de que, si no se las hacía, iba á morir condenado y ella se las hizo afirmándolas y sellándolas con solemne juramento.

—Pero vamos—repuso el húsar en quien la convicción no entraba—¿que prometió y juró la heredera instituida á su esposo *in articulo mortis*?

—No casarse, y no se ha casado: transmitir inte-

Y á fé que hacen mal, muy mal, porque Luci no heredará á su tía.

—¿Presenta alguna irregularidad para la sucesión?

—No, pero no está llamada á suceder.

—Oye ¿y por qué?

—Hijo, porque el juego de la herencia no anduvo en su origen entre bobos ni entre mancos,—afirmó el diplomático con inespresable delectación,—y los bienes del tío Alejandro pasarán por muerte de la viuda, íntegros, tenlo presente, á poder de tío Julián, quien hará de ellos aquello que bien le plazca.

—Pues me admira la nueva, porque tío Alejandro, según he oído cien mil veces á mi madre y á mi abuela; se los legó íntegros y libres á su esposa y ésta puede disponer de ellos como le cuadre, cediendo, enajenando, legando ó trasmitiéndoles, por último, á quien tenga por conveniente.

—Eso es lo que en general el mundo cree y han creído como de fé los que la pretenden; pero el famoso testamento es letra muerta.

—Hombre me asombra lo que te oigo.

—Pues no te asombres ni aun maravillas. Contra la validez legal de la disposición testamentaria de tío Alejandro, hay un acto privado que no por serlo tiene menos valor y el cual lo deroga en todas sus partes.

—Porque ayer estuve, y en todas partes me hablaban de tí.

—¿Hola! ¿Y á qué debo ese prodigioso éxito?

—A las noticias que circulan como el aire, libremente, acerca de tus amores con Luci y de tu proyectado ó supuesto casamiento. Aquello es una sorpresa general.

—Pues no hay motivo para que se sorprendan tanto—replicó el húsar sin alterarse—Los hombres honrados,—y me tengo por uno,—se casan cuando encuentran una mujer que reúna las cualidades que para la propia se desean, y yo puedo haberlas hallado en quien muy de sobra las posee.

La sonrisa se acentuó en el diplomático y volviéndose á su primo y mirándole cara á cara dijo:

—¿Quieres que te haga una observación, Genaro?

—Sí, y si la duplicas, mejor que mejor.

—Pues, hijo, es que me parece, y lo que es más, creo, que ellas y tú estais engañados en lo principal.

—¿Y que es lo principal en que nos engañamos ellas y yo?

—En lo del casamiento, hombre.

—¿Ella... ¿pase! pero ¿por qué?

Sonrióse el diplomático y guardó significativo silencio, mientras golpeaba con la contera de su bastón un oloroso tomillo que veía á sus pies.

—¿Crees—añadió el húsar sonriendo también,—